

Conversación con Nedda Anhalt

☞ Emilio Adolfo Westphalen

► Emilio Adolfo Westphalen (Lima 1911) es reconocido en la actualidad como uno de los más grandes poetas del Perú y de nuestra lengua. Autor de una obra poética breve, el FCE la reunió por primera vez en 1980 con el título de *Otra imagen deleznable...* Asimismo, la filial en Lima de nuestra casa editorial publicó en 1996 *Escritos varios*, crítica de arte y poesía con la que Westphalen colaboró en dos memorables revistas que él mismo dirigiera: *Las moradas* y *Amaru*. El presente texto, del que ofrecemos un fragmento, apareció en 1998 en la revista española *El signo del gorrión* (número 14). Lo ofrecemos como un necesario homenaje al autor que, este mes, cumplirá noventa años.

Hace tiempo que deseo complacerte –querida Nedda– y enfrascarme contigo en esa conversación sobre los temas que has escogido (no sé si me equivoque) un poco a la buena de dios –pero hasta ahora me ha retenido el temor a cierto grado de falta de coordinación o coincidencia entre nuestras actitudes– a causa (en gran parte) de diferencias de ambiente –de formación –de hábitos de lectura –de predilecciones o prejuicios acerca de lo poético.

Aunque también habrá influido mi resistencia a poner en claro experiencias que tienen lugar (predominantemente) a niveles íntimos, muy profundos –casi siempre fuera del alcance de cualquier vigilancia consciente. Esto por lo que atañe al fenómeno de la creación.

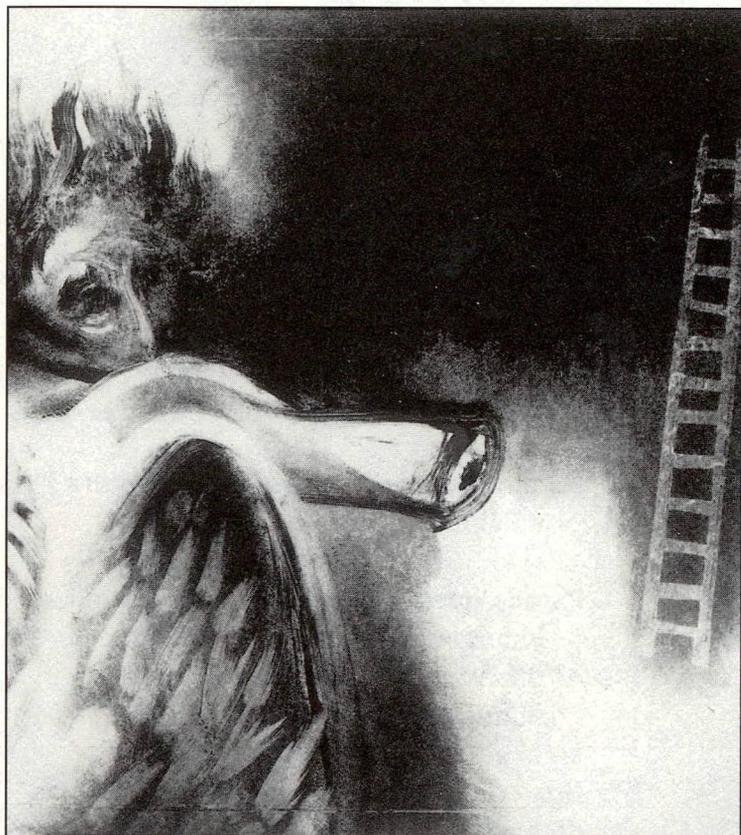
En cuanto a las peripecias personales (en las que se insiste con frecuencia en esta especie de interrogatorios) te advertiré de entrada que mi oposición es hoy mayor que cuando me propusiste este diálogo. Hay sucesos en la vida de uno que han penetrado tan hondo –forman de tal manera parte de uno mismo que no hay modo de acceder a ellos sin lesionarlos disminuirlos y traicionarlos.

La experiencia vital recóndita será siempre inexpresable e incommunicable. ¿Cómo hacer valer – por ejemplo – la vivencia primigenia –la vinculación materna en todo su transcurso formador y transformante? José M. Eguren tenía toda la razón cuando insistía en proclamar que tales repercusiones afectivas no pueden someterse a instrumento tan impreciso y engañoso como son las palabras.

Hechos estos reparos veamos en qué forma podré absolver algunos de tus requerimientos.

Querrías que rememorase episodios lejanos que –a pesar del tiempo transcurrido– han dejado trazas tales que aún me intrigan o me hacen reconocerse en ellos. No sería mala manera de introducirme en el fárrago del olvido y rescatar pequeños hechos convertidos casi en mitología personal (mitología más bien mínima –hasta insignificante). No sé por qué circunstancias esos hechos no sólo han sobrevivido sino que a veces han adquirido cierta aureola de atracción inexplicable.

Empezaré por un acontecimiento infantil. (¿Tendría yo nueve o diez años?) Un día en clase hubo un disturbio y el maestro (muy poco perspicaz o actuando tal vez llevado por antipatía no confesable) me señaló como uno de los causantes. Todos mis compañeros se sorprendieron de tan arbitrario y desacertado juicio.



De niño yo era obediente tímido apagado indeciso –sin aparentar interés por nada aunque observándolo todo y presintiendo exactamente lo que se me ocultaba. En cualquier caso –incapaz de insolencia y de armar alboroto o travesura o desaguisado alguno. No protesté por la injusticia pero tampoco me quedé a cumplir el castigo (no recuerdo si encierro solitario u obligación de tarea luego de terminado el horario de clases). Mi rebeldía no se restringió al no cumplimiento de la pena sino que al día siguiente en lugar de acudir al colegio me dediqué a vagar por la ciudad escogiendo calles alejadas tanto de mi casa como de la escuela. La práctica se prolongó durante varias semanas hasta que fue advertido mi padre de mi ausencia insólita. Le expliqué los motivos de mi conducta y ni siquiera fui regañado (debo anotar que no he conocido persona más bondadosa que mi padre). Tampoco hubo represalias en el colegio. El castigo –en todo caso– nunca se hizo efectivo. Hoy mismo me sorprende haber reaccionado tan tempranamente de modo tan puntilloso (y sin duda exagerado) a un acto de injusticia. Habría que aceptar que la timidez no excluye obrar en ocasiones con independencia y desenvoltura.

Ese deambular por la aldea grande que era entonces Lima me fue no sólo divertido sino instructivo. Únicamente mencionaré ahora (por sus implicaciones posteriores y que en ese entonces no podía siquiera sospechar) el descubrimiento en la vitrina de un anticuario de unos objetos extraños. Eran un par de minúsculas cabezas –no mayores que un puño de persona adulta– con piel oscura (como ahumada) larga cabellera negra y labios prominentes –cosidos con una hebra gruesa que apretaba la boca. No podía imaginarme su origen ni el uso a que estaban destinadas –tampo-

co por qué se ponían a la venta. Mi ingenuidad e ignorancia me impedían reconocer que esas cabezas reducidas pertenecieron una vez a seres vivientes –a guerreros valerosos inmolados por creencias religiosas– sacrificados conforme a leyes ancestrales para asegurar la existencia y la seguridad de tribu o comunidad.

De todo esto tuve conocimiento más tarde cuando me aficioné a relaciones de etnógrafos y antropólogos. Me revelaron ellas la diversidad y abundancia de usos costumbres doctrinas y supersticiones y pude por ellas también comprobar que tanto se encuentran reacciones racionales extravagantes o poéticas entre los aborígenes de Amazonia como en las sociedades que pretenden monopolizar “cultura” y “civilización”. Hasta me atrevería a sostener que es en los pueblos llamados “primitivos” en donde hay que indagar por los orígenes de todo arte –de toda ciencia y de toda ética – es decir– de los elementos constitutivos de las culturas y civilizaciones históricas. Por lo que a mí concierne – puedo afirmar que buena parte de mis convicciones (y seguramente de mis prejuicios) la obtuve en mis lecturas atentas de obras de Francis Huxley – K. T. Preuss – André – Marcel D’Ans – Julian H. Steward y André Métraux – Stefano Varese y Ortiz Rascanière.

Fue en las informaciones históricas y etnográficas sobre los jíbaros presentadas por M. W. Stirling al Instituto Smithsonian (julio de 1937) donde encontré no sólo reproducción fotográfica de las *tsantsas* sino también la descripción detallada de la manera como las cabezas de los guerreros vencidos eran deshuesadas y cocidas y –en esa forma– reducidas. Su valor social y religioso como trofeos de guerra es equivalente al de nuestras reliquias y talismanes. (No hay que olvidar –desde luego– que la importancia simbólica dependía del contexto de múltiples prácticas y creencias –entre las cuales no era sino un elemento.)

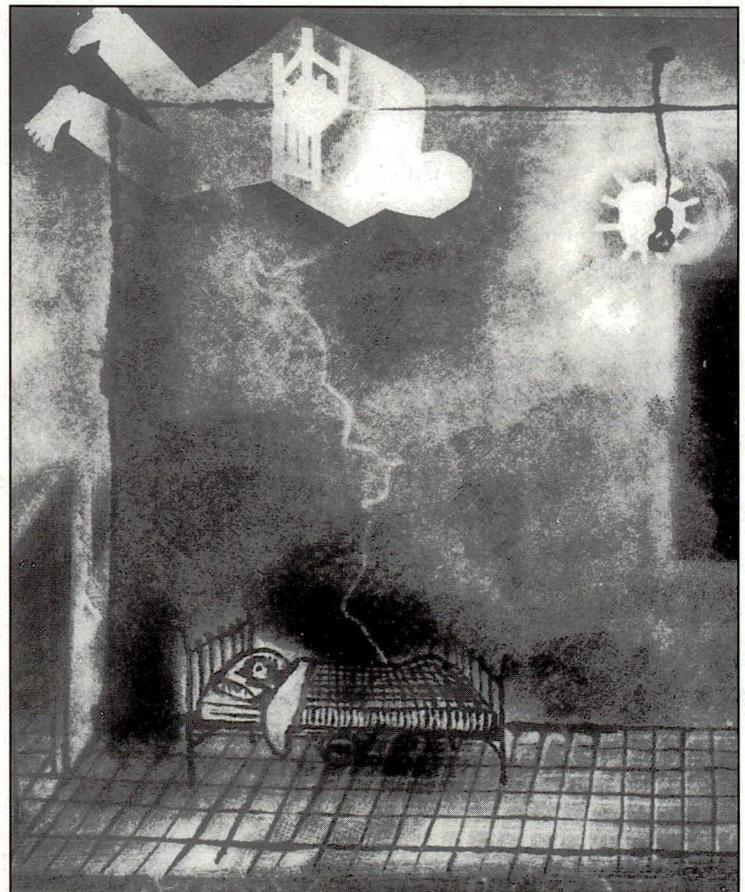
Lo que me extraña aún –respecto a la presencia de las *tsantsas* en la tienda de antigüedades– es que gente “civilizada” comprara las cabezas reducidas como curiosidades que colocaba en sus hogares junto (quizás) a camafeos de la Roma antigua –a porcelanas de la China o Limoges – o a mantos funerarios de Paracas. Sorprende más enterarse que en una época (no sé si persiste el uso que Stirling señala activo desde 1870 por lo menos) se falsificaron *tsantsas* y que su comercio floreció en Ecuador Colombia Panamá –pues la demanda era considerable. ¿Se coleccionarían por el poder mágico atribuible? Yo no podría contemplar a diario con tranquilidad –ya no con placer– esas cabezas momificadas deformadas – de pellejo repulsivo por color y textura. Algún patólogo podría explicarnos las motivaciones del afán coleccionista.

No podría enumerar todo lo que contribuyeron a la formación de mi imagen del hombre y su historia (y prehistoria) esas lecturas de antropólogos y etnógrafos antes citados. Bastará que te diga que para mí uno de los ejemplos más fascinante de literatura (entre los que conozco) son las leyendas y mitos de los *huitotos* –recogidos y traducidos magistralmente por Konrad Theodor Preuss. Que no encuentro nada equivalente en nuestras “civilizaciones” al modo tan discreto y (digamos) poético de cortejar que tienen los secoyas. El joven pretendiente se engalana con sus mejores prendas –se depila y pinta el rostro y se cubre la cabeza con un gran tocado de plumas multicolores. Embellecido así se sienta silenciosamente a la vera de la amada en espera de su reacción. (Para mí hubiera sido muy cómoda esa práctica pues siempre me sentí corto cuando se trataba de entablar el diálogo amoroso.)

Hubo más adelante otro incidente en el colegio en que sin propósito deliberado mío suscitó el recelo de las autoridades y una marcada desconfianza hacia mis actitudes y convicciones. Una vez se nos planteó en clase el manido tema de las perspectivas futuras según las deseaba o preveía cada uno. Era una disertación para ejercitarse en la lengua alemana. Me explayé según se suele hacer en tales casos recurriendo a las dificultades de elección de carrera y destino a tan temprana edad –y al desconocimiento de las posibilidades profesionales que podían ofrecérsese y que convendrían a mis

capacidades y aficiones. Hasta ese punto era lo rutinario y lo que podía esperarse de un jovencuelo de apenas doce años. Pero se me ocurrió añadir como colofón (un escrito hay que redondearlo o con una conclusión o con una sorpresa) –que en realidad lo que más me atraía como ocupación era lo opuesto a cualquiera honorable rentable y de prestigio establecido – a lo que yo aspiraba más que todo era a un *dolce farniente*. En verdad la expresión se presta a ambigüedades y casi siempre es mal interpretada. Un ocio agradable implica que ha de transcurrir en quehaceres placenteros para uno –diversos de los obligados forzados y rutinarios. Hay distracciones sanas y generadoras de satisfacción espiritual. Además de la frecuentación de las musas – y de la ampliación de conocimientos en las ciencias y las letras mediante *ce vice impuni –la lecture–* podrían señalarse las caminatas y deambulaciones (observación y degustación) por una gran ciudad –por el campo o las playas del mar. Se cuenta igualmente la asistencia a teatros –salas de concierto – galerías de arte. Y no son de despreciable importancia reuniones amistosas –charlas chispeantes o sabias o galantes. En el lado lúdico de la vida se ubican también las creaciones e invenciones y (por qué no) los descubrimientos científicos y técnicos –las innovaciones y renovaciones artísticas y literarias. Yo deseaba instalarme en la encrucijada de todas las teorías y todas las prácticas que nos revelan aspectos ocultos del universo y de nosotros mismos.

Como era de prever, lo que me deparó la realidad fue muy distinto de lo ansiado. Las oportunidades del *dolce farniente* que hasta hace algunos años me fueron escatimadas –ahora se han vuelto casi inexistentes. Desde que dejé de recibir un sueldo fijo –estoy prohibido de comprar libros y revistas. Como no me es factible el acceso a las bibliotecas (incómodas mal surtidas y nunca al día en este país) debo contentarme con los libros que me proporcionan de vez en cuando amigos generosos. Esta situación no me hace gracia alguna –desde el colegio me había ingeniado para obtener una buena proporción de las lecturas que me tentaban. (Te puedes imaginar que mis privaciones comprenden muchas cosas y servicios indispensables para una existencia corriente –fuera de todas las recreaciones antes referidas.)





Esta fantasía mía por la ocupación placentera –pero también fructífera y creativa– se transformó años después en otra igualmente inalcanzable. Soñaba gestionar un empleo como “lector oficial”. Había comprobado que en las bibliotecas públicas de mi país los mejores libros pocas veces tenían interesados. Alguien tenía que leerlos y para ello me ofrecía yo. Ahora pienso que la idea –desde luego inaplicable y sin *sponsor* posible– no era buena. Cada día encuentro más libros ilegibles. Aun los que me deleitaron en otra época –al releerlos los abandono a las pocas páginas. No me dicen nada las novelas que devoraba en mi juventud (y aun más tarde). Una que recordaba con nostalgia (es *La Chartreuse de Parme* –nada menos) a dos tercios de un recorrido accidentado –parte placentero parte aburrido– dejó de interesarme en absoluto. Pero esto no será novedad ni para ti ni para nadie. Es normal que con los años los gustos y las predilecciones se modifiquen y hasta se inviertan.

Llego a la parte misticante o enigmática de mis memorias juveniles. Quedé estupefacto (y dolido) cuando se me ocurrió el hecho. La misma sensación de desagrado se repite cada vez que me viene a la mente –semejante a la experimentada al internarse uno por parajes de mal agüero y que rezuman lo aciago por doquier.

Fue en las postrimerías del ciclo escolar. Estaba yo un día apartado de todos en el recreo –cuando se acercó de improviso uno de mis discípulos y sin preámbulo alguno me espetó –*Tú vas a ser poeta* –para sin esperar mi reacción reintegrarse al grupo que se divertía con él.

En aquella época nada estaba más alejado de mis propósitos que ser escritor (y

mucho menos poeta). Ya antes te indiqué hacia dónde se inclinaban mis ensoñaciones. Todos en la clase sabían que yo no me ensayaba en escribir poema o cuento o en cualquier otro género literario. No había tampoco colaborado en las revistillas que algunos redactaban y hacían circular. Reculé por tanto una mala intención en el exabrupto. Su autor era un joven más bien alborotado y travieso –amigo de hacer burlas a compañeros y maestros –poco dado a aficiones literarias y con quien yo no tenía sino relación superficial. (Me enteré –años más tarde– cuando ya no había trato alguno entre nosotros –que intervenía en novilladas de toreros “señoritos”). No capté de inmediato sus intenciones –hubiera sido evidente el propósito si su acto se hubiera efectuado a oídas de sus amigos para provocarles hilaridad. Recapacitando llegué a la conclusión que súbitamente había decidido jugar a la pitonisa conmigo –que la burla era sutil pero también incisiva. Me había hablado con cara de palo y tono completamente neutro. Sin embargo – se percibían (oscuras pero evidentes) las implicaciones peyorativas –por no decir despectivas. Era su estilo de hacerme reconocer que yo era (y sería en lo futuro) un don Nadie –una persona inocua y despreciable.

La ofensa me remeció íntima y profundamente. Estoy –me parece– justificando al adjudicar a esa experiencia mi sobresalto de defensa cuando alguien me llama “poeta” en lugar de pronunciar mi nombre o apellido. No sería explicable en otra forma el empleo más bien desusado del calificativo. Uno se dirige a los demás por su nombre –salvo en los elementos jerarquizados en que es de rigor “Ilustrísimo señor Obis-

po” – “Excelentísimo señor Embajador” – o (más campechanamente) “Mi Coronel” o “Mi Cabo”. ¿Has notado que no le dices “oye novelista” (en lugar de Carlos o del apellido) cuando te diriges a alguien que ejerce ese oficio?

Estimo –por tanto– que no doy muestras de susceptibilidad enfermiza si se me pone la piel de gallina cuando me tratan familiarmente de “poeta” –y ello no sólo por el reflejo subconsciente del insulto remoto– sino por las asociaciones solapadas de menosprecio (quizás no reconocidas por quienes emplean el calificativo).

Para borrar el mal sabor que me ha dejado el relato precedente – te propongo un intercambio ameno antes de ocuparnos de la otra sección de tu temario.

Al igual que todo el mundo yo he estado constantemente curioso (y desconcertado) ante mis sueños. En particular me intriga que a pesar de mi mala memoria se conserven algunas imágenes fragmentarias de sueños que tuve en la infancia y la adolescencia. Son partículas irradiadas del pasado que no pierden ni su misterio ni su carga afectiva.

Algún día trataré de investigar lo que pueda deducirse de tan extraña persistencia.

Como habrás adivinado – en sueños (aun después de publicados por mí poemas y ensayos) nunca he aparecido haciendo de escritor o reconocido como tal –tampoco dedicado a tareas emparentadas. Sobre mi pantalla onírica el sentido que predomina es la vista –pocas veces se oyen voces ruidos músicas estruendos. Ni aun los succulentos y llamativos manjares –que en ocasiones me tientan– me es permitido siquiera probar.

Entre esos recuerdos –que por su lejanía pertenecerían casi a otra existencia– destacan dos sueños de colorido deslumbrante que animaron noches consecutivas de mi vida juvenil. Para asombro mío fueron presentados unos dibujos de perfección y belleza incomparables –habían sido hechos por mí (en sueños –aunque en los sueños no se siente el sueño sino la propia realidad –viva y cambiante –desde luego– más viva y cambiante que la otra).

La satisfacción era inmensa y no podía ser de otro modo pues se trataba de los más hermosos dibujos nunca vistos (tal era el convencimiento irrefutable).

¿Cómo explicarse que broten de uno tales portentos? ¿Quién me había ofrecido en un instante la más hermosa obra de arte imaginable –de la cual yo me apropiaba sin merecerla? ¿Y quién (otras veces) me sumergía en espanto y angustia insoportables? ¿Quién presta tal potencia sobrehumana a las facultades de creación y percepción de lo imaginario? ¿Por qué la limitación (igualmente) –por qué el milagro no aconteció sino un par de veces? Finalmente – ¿por qué nos identificamos de preferencia con lo onírico – en oposición a lo real?